

Parecía que los habían cosido después de puestos.

¿Y la chaquetilla? Apenas me dejaba mover los brazos.

Cuando llegó el día y sonó la hora, y me senté en la carretela para que me llevaran a la plaza entre el cochero, los caballos y los pantalones, sentí un estremecimiento en todo el cuerpo, que creí que me moría, aunque no de repente.

Luego, fumando y charlando con los otros dos chulos falsificados y el matador, me distraje.

Música, voces, ruido infernal que se multiplicaba en aquel recinto, no sé por qué ley acústica.

Si me hubieran permitido desnudarme.

¿Tienes ¡indama?—me preguntó el matador segundo, con el grado inmediato, y en propiedad, hijo de la señora Condesa de... y de su esposo el Conde, que en paz descansa, según dice la Condesa.

¿Miedo? ¿Qué he de tener yo! Mis compañeros no podían burlarse porque, exceptuando al indicado diestro, todos se hallaban en igual caso.

Cuidado que no íbamos al ruedo sin haber ensayado primorosamente.

¿Había yo colgado más pares de banderillas en una banasta, y lanceado de capa a una silla!...

En la oficina donde yo estaba empleado, y suelo asistir, había yo despachado dos días antes un púpitre a volapié, entrando y saliendo limpio.

Pero eso varia,—me dijo el banderillero de entretiem po a quien habíamos encargado la dirección de la lidia, y nuestra enseñanza.

Entre un púpitre y una res hay la misma diferencia que entre una res y usted.

¿Es verdad?—observé.

—El toro va a coger, a herir, y el púpitre se queda a plomo.

—¿Ya lo creo!

Decía bien el maestro relativo: los púpitres no tienen cuernos.

Salimos al ruedo los peones y los ginetes, al compás de la música y fuimos saludados con una salva de aplausos.

¿Olé, mi niño!—me dijo a mi cuando dejaba el capote de paseo, el que me había bordado ella, un señor, entre caballero y chulo, con una cara de pillo que me cargó, y que ocupaba un asiento de barrera.

Hasta que salió el becerro primero de la terna, no paré de mirar al tío del «Olé!»

Tanto que mi novia, mi bordadora de capote, se fijó también en el del «Olé!» creyendo que yo miraba a otra.

Salió el primer cornúpeto, y yo metí el capote, desde una distancia más que regular.

La fatalidad nos llevó al becerro y a mí hacía el lado donde estaba el ciudadano cargante.

Salté al callejón y caí de cabeza.

¿Olé, mi niño!—me dijo el antipático, sonriendo, como si le regocijara el porrazo que yo había sufrido.

Llegó el segundo becerro y yo cada vez más azorado con el del «Olé!» intenté correr a la fiera, que lucía dos cuernos como dos higos chumbos en la lactancia.

Y sin embargo, me alcanzó y me rompió el capote de brega.

No había más remedio que tomar el de lujo.

Miré a mi Angustias y con una mueca la indiqué la necesidad de usar aquel capote bordado por sus manitas.

Los amigos me impulsaron a parar los pies al becerro, con algunas verónicas.

¿No eres tan aficionado?—me dijo un compañero de oficina muy feo y muy raquíto, que a pesar de ser vizco intentaba mirar con buenos ojos a mi novia.

Exaltado yo abrí el capote y me aproximé a la fiera.

¡Zás! un pase a la izquierda.

¡Zás! otro a la derecha.

(Palmas y bravos en las tribunas.)

¡Zás!... Voltéo y revolcones....

¡Dios mio! ¿Qué fué de mí?

Envuelto en el capote como César en el manto,

me dispuse a morir

Carcajadas y gritos, y mis camaradas sin lograr que se convenciera el becerro de que me iba a lastimar.

Perdí el conocimiento, pero un segundo antes oí la voz del aficionado de la barrera, que me gritaba: ¡Olé, mi niño!

NOTA.—Desde entonces el amigo que me relató este episodio, no ha vuelto a torear.

E. DEL PALACIO.

Un individuo, cuyo nombre no hace al caso manifestar, viajaba en un vapor que hacía la carrera del Mediterráneo. La caldera de la máquina estalló y nuestro viajero fue traspasado con un largo asador de hierro.

El espeton penetró en el vientre un poco más arriba del ombligo y salió por detrás a igual altura y de tal manera, que había saliente tres pies de hierro por delante y tres pies por detrás.

Conducido el infeliz viajero a su casa, su posición parecía exigir los recursos del arte.

Llamado el médico, este tomó el pulso al enfermo preguntándole donde tenía el mal.

—En el vientre, Doctor.

—¡Ah! ¡bien! ¿Y como ha ocurrido esto?

Entonces el enfermo refirió estensamente el incidente de la explosión.—El médico continuó:

¿Hay alguno en vuestra familia propenso a este accidente, caballero?

—No, respondió el paciente, que yo sepa. Mi padre y mi madre son muy ancianos y no han sido jamás *atravesados*.—Mi hermano está perfectamente de salud.—De igual beneficio gozan mis tíos y mis tías.

—Muy bien, señor: yo tenía necesidad de estos antecedentes para hacer el diagnóstico.

El doctor, para probar que comprendía bien la afección del enfermo, añadió enseguida:

—¿Vd. debe sentir una molestia atroz al acostarse boca arriba?

—Si señor, casi me es imposible.

—Tampoco le será muy fácil el hacerlo boca abajo.

—En efecto, doctor, experimento las mismas dificultades.

—Deberá serle a V. mucho más fácil el dormir de costado.

—En efecto, Señor, así ocurre: es la única posición que me es posible conservar.

—Está bien, caballero, estas explicaciones me bastan; no nos queda ahora más que convenir el tratamiento.—Aquí las indicaciones son escesivamente precisas: podemos dejarle a V. el hierro dentro del cuerpo, pero hay que temer los incidentes inflamatorios.—Podemos extraerlo, pero hay peligro de que no sobreviva V. a esta operación.—La ciencia tiene sus límites, amigo mio;—Vuestra suerte está en vuestras manos.—Decida V. por uno ó por otro tratamiento, que yo volveré mañana.

El discípulo de Esculapio tomó gravemente el sombrero, saludó y se alejó magestuosamente!!!

Receta contra las indigestiones de la política: Tómense 500 gramos de democracia zurda; 15 de esencia de administración conservadora, y disuelto en algunas cucharadas de agua de Alcolea, tómese una pequeña gicara de esta amalgama en ayunas, en la seguridad de que no habrá paciente que no reviente como un triquitraque.

CHISMES.

Ha dicho un joven muy feo como principio inconcuso, que ha sido Don Amadeo Rey intruso.

Le oyeron doscientas viejas creyendo lo que decía, porque al decirlo movía las orejas.

Este joven desgraciado, según me han dicho y yo creo, fué humildísimo criado de Amadeo.

La gente que aplaude y grita, oyendo sus palabrotas, le ha limpiado la levita y las botas.

Y hoy los ruines vocingleros que ha sido intruso proclaman ¡Y, sin embargo, se llaman caballeros!

Escuchad la verdad lisa; no es que estos graves varones cambian nunca de camisa, ni opiniones.

Es que ellos solo se atienen a asegurar su pitanza, porque la opinión la tienen en la panza.

El Doctor Sagredo.

CABOS SUELTOS.

Dice nuestro estimado colega la *Crónica Meridional*, que el cura de Denia ha espuesto a las miradas del público, y a diez centimos, un cadáver en estado de momia.

Ya verán aquellos que afirman que estos padres nos cojen al nacer y nos dejan en la tumba, que aun después de hallarnos muchos años debajo de tierra, es jugoso nuestro cuerpo.

«194 asociados de la Corte de Maria han muerto en el año anterior.»

¿Y en tanto esa falange de descreídos liberales tan buenos y tan rollizos!

Vaya Vd. a apenarse por los errores que cometen ciertos tribunales.... Nada de eso: esta saludable enseñanza podrá martirizar a los incredulos, pero fortificará también a los timoratos.

El Ayuntamiento previsor de Barcelona entrega la casa de corrección en manos de una comunidad de frailes franciscanos.

El Ayuntamiento de Paris en vista de ciertos excesos, establece una casa de corrección para los frailes....

¡Ah cándidos Españoles!
¡Oh suspicacia francesa!

Han salido compañías enteras del ejército a extinguir la plaga de langostas que invaden algunos campos.

Nosotros enviaríamos a tan benéfica ocupación a todos aquellos que comen y nada bueno producen: no, no es eso: hemos querido decir, a los que trabajan mucho y no comen nada absolutamente: ahí teneis a los profesores de Instrucción pública; que distraigan el hambre.

EN EL TRIBUNAL.

El Presidente.—Acusado, V. ha sido recogido la noche última de la vía pública hecho un difunto de taberna. Parece que V. no tiene domicilio. ¿Cual es su estado?

Acusado.—Bebedor.

Presidente.—¿Se burla V. del tribunal? Ese no es un estado.

Acusado.—Perdon, mi presidente, es un estado.... de embriaguez.

Hablaba ayer en el Malecon con mi amigo G... uno de nuestros pintores más distinguidos, cuando acertó a pasar el doctor L. Yo me apercibí de